

No es todo alegre.

I

La noche era magnífica - Apenas si el viento susurraba
entre las copas de los árboles del cercano jardín, en cuyo cen-
tro se eleva la redonda torre, como en medio del mar de
la extensión del dolor. - Por las calles cercanas
como por que van a morir a la extensión infinita de
dolor la gente que iba inundando el delirio recueto de
velada mostraba en todo su esplendor. El temer que se
aprende desde la anchurosa calle de Sordubal hasta el re-
gundo profundo convertido por vara moquea en encantador
paraíso al paraíso - Antes de llegar a este al olvido
para por las penas del purgatorio, antes de entrar en la

Velada hay que pasar por el purgatorio de aquel infierno de
vendedores, que aparecen a los ojos en esas exhibiciones
Hay felices mortales que van al cielo directo. Esos que están
en el templo por otra calle, pero no por la de Sordubal, y
sin embargo con todo el mundo entre por ella, ¡sin su-
porta el dolor si es pequeño para algunos mas pronto u-
na felicidad inmensa - No es felicidad - Es la aspiración
infinita del corazon humano. -
Y cuánto creemos haber una desproporción de la Velada
aquella extensión infinita de elegantes entre las
que desfilan la sin par del Egipto por su diámetro, aquel
las dos calles cubiertas de farolillos venecianos, aquel cielo
puro y limpio iluminado por los inmensos arcos que me-
dan silencios por la ~~Velada~~ infinita apareciendo en

los aires sus pálidos fulgores, aquel mar de banderas ondean-
do al impulso del viento, aquel rumor confuso de la conve-¹³
sación no interrumpida y formando contraste con la luz
y con la animación, la oscuridad del mar que viene
a' pesar silencioso el cinturón granítico que cune a la per-
la del océano, y con la horrible algaraya la canción
melancólica del marinero que orza la vela de su bajeel me-
quino y que tal vez piensa en el hijo de sus entrañas
que dejó enfermo para buscarle un pedazo de pan.....
..... ¡ Ah! aquel cuadro no necesita descripción porque es
demasiado conocido. — — —

¡ Que animada está la caseta del Casino! — La cercana
banda esparce al aire las armonías del wals y allá' en el
interior de la tienda entregados en sus brazos bailan
las parejas flechadas por los ojos de la inmensa conu-

rrenia. — Al pie' de la escalinata á cuyo fin debajo
de aquel letrero de esmeraldas se encuentran los estira-
dos mozos con un monton de tarjetas en la mano, tiesos,
como una estatua, ceremoniosos como un diplomati-
co en día de recepción, se apuran la gente para mi-
rar con ojos envidiosos los felices que entraron donde
ellos no pueden y tal vez jamás podrán entrar mien-
tras dure el odioso reñado del trianio D. Dinero (usan-
do la frase del Satirio poeta). Pero aquello todo es indi-
ferente para nosotros y para nuestra historia. Es algo más
interesante lo que llama nuestra atención.

Confundido entre la multitud, de porte tan me-
quino como agradable, miserablemente vestido, de faz sin-
patra e' inteligente, de mirada viva y penetrante, pá-
lido como la imágen de la muerte, se hallaba un joven
de unos 18 años inclinado sobre el pedestal del maceton

que da' ingreso á la escalinata - Su vista fijabáse in-
móvil en aquellas parpás que giraban alegres, vertiginosas,
como las ideas tristes que bullían en el espacio sombrío de su
cerebro.

¡Era pobre! - Denotábase su trage y su presencia y to-
da su desventura encerrábase en esas dos palabras tan ho-
ribles y tan desconsoladoras - Ay, que el alma encierra
en su fondo intrincado, en su oscuro laberinto una as-
piración infinita, inmensa á aquello que está más lejos de
su alcance, porque entonces es mayor la alegría del triun-
fo sin pensar que este se logra muy poco y es también
inmenso el dolor del derrocamiento - Aquel infeliz relegado por
su condición á la última grada de la escala social
encerraba el aliento de un gigante y rodaban vertiginosas

en la bóveda inmensa de su fantasía, las fantásticas divisiones
que inundaban de alegría y de luz, como ruedan los astros
en las tinieblas de la noche por la bóveda infinita de
los cielos. Luego el sol sale y la luz de las estrellas se
desvanece, y al salir el sol de la realidad misera de
su existencia huía también el fulgor querido de sus quesi-
das ilusiones. - Pero entonces ante aquel lujo deslumbrador,
ante la fastuosidad aquella, mirágen de sus dorados
sueños, ante aquella dicha que él sin hallar la ra-
zon no podía poseer su alma volaba por regiones infinitas,
y su corazón se adormecía al arrullo voluptuoso del tenue
murmullo con que azota los aires con sus alas el ángel
consolador de la esperanza. - En él la aspiración no
era el lujo por el lujo, la dicha por la dicha, él

quería trabajar para llegar allí y no encontraba medios,
y se desesperaba y era sosten de su madre y de dos herma-
nos pequeños que sobre él se apoyaban y el marchando por
el pedregoso sendero de la vida no encontraba apoyo y ro-
dando, rodando venia a dar con los seres queridos de su
alma en el abismo horrible de la miseria; ¡que horrible
¡que devastador! ¡que amenazante!!

Embebido estaba Cusa cuando sintió un leve golpe
cito, volvió la cabeza y allí lloroso, temblando, macilento
un niño como de unos 8 años dirigiéndose conculco al pri-
mero balbuceó estas palabras.- Mamá, mala, mala,
corre, Juan, corre que se muere.....

¿Como?.... prorumpió el primero

de pronto..... ¡ay! corre dijo su hermano.

Y ambos separándose del grupo saliendo del paseo
central fueron por junto al parque corriendo y lloran-

do y reuidos se perdieron en la oscuridad como un buque
perdido de vista en la extensión profunda de los mares.
¡Infelices!!

II

El viento se había levantado fuerte cuando los dos hermanos
salieron de la telada. Sigueron el camino de árboles desde
el final del Perejil hasta el Hospicio. Los lejanos faros
oscilaban sus llamas al impulso del aire que sacudía las
copas de los árboles y a lo lejos se escuchaba débil el rui-
do de la mar que venia a estrellarse en la muralla des-
haciendo su negruzca melena en la impida espuma.....

El silencio quería reinar y la voz de la naturaleza se
oponía; Lucha gigante apreciada solo en sus conse-
cuencias

Se internaron por las calles y despues de un buen rato de marcha, entraron por un portal oscuro y empedrado que un farolillo apagado cuasi, suspendido del techo alumbraba con un fulgor mortecino, subieron presurosos por la empinada y tortuosa escalera y al llegar a una puerta cascada y al empujarla desplegóse ante sus ojos aquel cuadro desgarrador que preveían.

¡Que triste es la pobreza! Los muros de la pequeña estancia oscurecidos por la mano del tiempo recibían los fulgores de una lamparilla oscilante al impulso del viento que penetraba por el roto cristal de la misera ventana, fulgores que iban a dispersarse en un rincón donde sobre un catre envuelta entre blancos lienzos coronada la cabeza blanquecía por la aureola del mártir, a

largando su mano cadavérica a un pequeño como de 11 años, balbuciendo apenas sus labios amoratados palabras incoherentes se encontraba una anciana en cuyo interior libraba indistinta batalla entre la imagen esplendorosa de la vida y el espectro sombrío de la muerte. Ah! entre tantas ideas que se agrupaban en su cerebro, entre tantas palabras como audían a sus labios, una flotaba sobre todas como el lípido vapor sobre las ondas de los mares, aquella que encerraba en la voz cavernosa ¡Hijos! que repetían en lúgubre silencio los ecos adormidos de aquel antro del hambre y la miseria.

Al entrar en él los dos muchachos, su madre quiso incorporarse, pero volvió a caer rendida. — ¡Que escena sucedió! ¡La escena de la muerte! Aquellas palabras que brotan de los labios de una madre en el instante postrero, presurosas como la sangre que vierte la

profunda herida, como se evapora el alma para el cielo, forman y formarán siempre un poema de amor indescriptible porque son la herencia más sacrosanta que se vea en el Puente sobre el río de la existencia entre la riva de la vida y la riva de la muerte. Aquellos momentos sublimes cuando entra el sacerdote recordando aquel abismo inmenso de la eternidad donde se despenan los mortales y en cuyo fondo rodeado de círculos esplendentes, a la diestra la balanza de la justicia infalible se encuentra el Todopoderoso. Aquel último instante postrero, desconsolado, aquellas lágrimas que queman al salir del alma por los ojos y al desparramarse por las mejillas, como las lavas del seno del volcan, brotan por el crater e hirvientes se despenan por las laderas del monte, aquello no se puede expresar sino sentir por que son muy pobres las palabras para expresar

mucha veces lo que siente el corazón

III

El reloj de S. Antonio daba las diez y media - El viento había cedido - La Velada aún estaba concurrida - En la estancia del barrio de la Viña, al lado del cadáver de su madre formando grupo grandioso se agrupaban los tres hijos derramando copiosísimas lágrimas en medio del silencio más profundo. Aún el mayor en su inmensa pena no podía comprender como se había operado aquel cambio tan profundo en la Salud de su madre durante el tiempo que permaneció fuera de su casa, sin considerar que el dolor como el fuego de la tierra va aumentando poco a poco sin percibirse y cuando estalla, ¡ay! ya es tarde para contener el torrente de las

hador que asuela el valle de la existencia. — De pronto por su mente cruzó una idea fatal — ¡Murieron mis ilusiones! gritó con desgarrados acentos, mientras sus hermanos con temblante estupefactos. Salio de la habitación, tropezando bajo la escalera y salio a la calle, arrastrado por el vértigo disijiose a la muralla. — Allá a lo lejos se percibia el resplandor de la Velada y su rumor animado como voz de la ilusion que grita al alma navegando por el oceano bnuoso de la Pena. — Desoyó sus canciones seductoras. — Una fuerza irresistible le arrastraba. — Llegó junto a aquel negro murallon donde se estrecha el mar subido en él contempló el horroroso abismo donde iba a precipitarse, pero entonces vino a su memoria el recuerdo de aquellos dos infelices que absor-

tos contemplaron su huida, dos lágrimas rodaron silenciosas por su rostro y volvió a verlos. Corriendo subió, depositó un beso en cada uno y salio a la calle i para que para pedir un pedazo de pan que depositar en la boca que vida de los hermanos de su alma, para implorar socorros y enterrar a ¡su madre del corazon!

Los dos pequenuelos seguian llorando.....

Eran las 11 y cuarto y en una de las calles más centricas de Cádiz un guardia de orden público recogia del suelo a un jóven de 18 años al parecer, que interrogado, respondió balbuciente estas dos palabras; Mi madre! ¡Hambre!! y cayó demayado.

A la misma hora propinamente la concurrencia

del Casino despediáse alegre y placentera disponiéndose a' reanudar sus gozes, despues de descansar de aquellos que le arrullaron durante los momentos deliriosos transcurridos.

11 Agosto 1880.

Carlos Fernandez Shaw

Suplicamos a' los lectores noren en el anterior artículo lo
lamente el fin literario, en manera alguna tendencias que
no entran ni entrarán nunca en el ánimo de
El Tutor



CARLOS MARQUEL FERNANDEZ-SHAW